

LIBRO DÉCIMO

EVACUACIÓN DEL EGIPTO

Atención universal á la negociación entablada en Londres. — Pregúntanse todos qué influjo ejercerá la muerte de Pablo I en aquella negociación. — Estado de la corte de Rusia. — Carácter de Alejandro. — Sus jóvenes amigos forman con él un gobierno secreto que dirige todos los negocios del imperio. — Consiente Alejandro en reducir notablemente las pretensiones que llevó á París Mr. de Kalitscheff en nombre de Pablo I. — Recibe á Duroc con benevolencia. — Reiteradas protestas suyas de desear vivir en armonía con Francia. — Principio de la negociación entablada en Londres. — Condiciones propuestas por ambas partes. — Conquistas de los dos países en mar y tierra. — Consiente Inglaterra en restituir una parte de sus conquistas marítimas, pero somete toda la negociación á la cuestión de si la Francia conservará ó no el Egipto. — Los dos gobiernos convienen tácitamente en ir dando largas mientras llega el término del resultado de los acontecimientos militares. — Advertido el primer cónsul de que la negociación depende de dichos acontecimientos, impele á España á mover guerra á Portugal y á marchar contra él decididamente, y hace nuevos esfuerzos para socorrer al Egipto. — Empleo de las fuerzas navales. — Diversos proyectos de expediciones. — Navegación de Ganteaume al salir de Brest. — Este almirante pasa con felicidad el Estrecho. — Dispuesto á tomar el rumbo hacia Alejandría se arredra por ciertos peligros imaginarios y regresa á Tolón. — Estado del Egipto desde la muerte de Kléber. — Sumisión del país y situación próspera de la colonia bajo el aspecto material. — Incapacidad y anarquía en el mando. — Deplorables escisiones entre los generales. — Medidas mal combinadas de Menou, que quiere reformar todas las cosas á la vez. — A pesar de los anuncios reiterados de una expedición inglesa no toma precaución alguna. — Desembarco de los ingleses en la rada de Abukir el 8 de marzo. — El general Friant reducido á 1.500 hombres hace inútiles esfuerzos para rechazarlos. — Si se hubieran agregado dos batallones á la división de Alejandría, se hubiera salvado el Egipto. — Reconcentración de fuerzas tardía mandada por Menou. — Llegada de la división de Lanusse y segundo combate dado con fuerzas escasas el día 13 de marzo. — Llega por fin Menou con el grueso del ejército. — Tristes consecuencias de las desavenencias de los generales. — Plan para una batalla decisiva. — Batalla de Canope dada el 21 de marzo y su resultado indeciso. — Los ingleses quedan dueños de la playa de Alejandría. — Larga tregua durante la cual hubiera podido Menou todavía corregir los yerros cometidos y mejorar la situación de los franceses maniobrando contra los cuerpos destacados del enemigo. — Inacción suya. — Los ingleses intentan un ataque contra Roseta, y consiguen apoderarse de un desembarcadero del Nilo. — Penetran en lo interior. — Última proporción para salvar á Egipto. — Ramanieh perdida por la incapacidad del general Menou. — Los ingleses se apoderan de Ramanieh y separan la división del Cairo de la de Alejandría. — El ejército francés queda cortado en dos sin otro remedio que capitular. — Rendición del Cairo por el general Belliard. — Menou encerrado en Alejandría aspira á la gloria de una defensa semejante á la de Génova. — Los franceses pierden definitivamente el Egipto.

El objeto que se proponía, el primer cónsul al subir al poder iba á conseguirse en breve, puesto que reinaba la tranquilidad en Francia; una satisfacción profunda llenaba todos los corazones, y la paz firmada en Lunéville con Austria, Alemania y las potencias de Italia, restablecida de hecho con la Rusia, se negociaba ya en Londres con Inglaterra. Una vez firmada formalmente con estas dos últimas potencias, llegaría sin duda á ser general y conseguía el joven Bonaparte haber cumplido en solos veintidós meses su noble encargo, haciendo de su patria la potencia del universo más grande y más feliz. Pero había que terminar esta colosal tarea; era preciso sobre todo concluir la paz con Inglaterra, porque mientras no depusiera las armas esta potencia, la mar quedaba cerrada, y, lo que era aún más grave, podía renacer la guerra continental bajo la influencia corruptora de los subsidios de la Gran Bretaña. El agotamiento universal podía en efecto desalentar á Inglaterra en su proyecto de armar de nuevo al continente; veía por otro lado que la mayor parte de las naciones acababan de coligarse con nosotros contra su poder marítimo, y á no ser por la muerte de Pablo hubiera podido expiar muy tristemente sus violencias contra los neutrales. Pero aquella muerte repentina era un nuevo he-

cho de suma gravedad que no podía menos de modificar la situación. ¿Qué influencia ejercería ahora la catástrofe de San Petersburgo en los negocios de Europa? Esto era lo que todos ignoraban aún y lo que el primer cónsul estaba impaciente por saber; por lo cual envió á Duroc á San Petersburgo para tener noticias más prontas y fidedignas.

Un poco antes de la muerte de Pablo, las relaciones con la Rusia no dejaban de presentar ciertas dificultades muy considerables por causa del desmedido orgullo de este emperador y por el de su embajador en París Mr. de Kalitscheff, no menos desmedido. Quería el zar difunto, como lo hemos ya manifestado en otro lugar, dictar por sí mismo las condiciones de la Francia con la Baviera, el Wurtemberg, el Piamonte y las dos Sicilias, Estados de los cuales se había declarado protector, ya espontáneamente ó ya obligado por los tratados que determinaron la segunda coalición. Hasta quiso entrometerse en nuestras relaciones con la Puerta, pretendiendo que el primer cónsul debía evacuar el Egipto por pertenecer esta provincia al sultán, sin que tuviera, según él decía, razón ninguna para quitársela.

Así, pues, este aliado, á pesar del ardor que contra la Inglaterra manifestaba, ofrecía también sus peligros,

y no hubiera sido difícil que estallase con él la discordia nuevamente y muy en breve. Fuera de esto, lo que en el emperador Pablo podría parecer tan sólo un rasgo de locura, era un síntoma singular de los progresos de la ambición rusa desde mediados del último siglo. En efecto, apenas hacía ochenta años que Pedro el Grande, llamando por la primera vez la atención de la Europa, se limitaba á querer influir en el Norte del continente luchando contra Carlos XII para dar á la Polonia un rey. Cuarenta años después, la Rusia, dirigiendo ya sus miras ambiciosas hacia la Alemania, luchaba contra Federico con el Austria y la Francia para impedir la formación de la potencia prusiana; y algunos años después, en 1772, ya estaba desmembrando á la Polonia. En 1778 dió un paso más, y reglando de concierto con la Francia los negocios de Alemania, interponía su mediación entre la Prusia y el Austria dispuestas á venir á las manos por la sucesión de la Baviera, y lograba el insigne honor de garantizar en Tesdher el cumplimiento de la constitución germánica. Finalmente, antes de expirar el siglo, en 1799, enviaba cien mil rusos á Italia, no para ventilar una cuestión de territorio, sino para ventilar, según se decía, una cuestión moral, á saber: la conservación del equilibrio europeo y del orden social amagados por la revolución francesa.

No se había visto jamás que una potencia alcanzase en tan pocos años tan portentoso medro de influencia. Pablo, pretendiendo ser el árbitro en todas las cosas á trueque de su alianza con el primer cónsul, no tenía, pues, más locura que la exageración de una política profundamente meditada en el gabinete ruso. Su representante en París exigía con imperturbable severidad y sangre fría lo que su señor demandaba con el acostumbrado desorden de sus deseos, y aun afectaba con asaz torpeza declararse protector de las potencias de último orden que estaban ahora á merced de la Francia después de haberla ofendido. La corte de Nápoles quiso colocarse bajo esta protección y le salió mal, porque Mr. de Gallo tuvo que salir de París, y su corte se vió precisada en Florencia á pasar por las condiciones que le impuso el primer cónsul. Mr. de Saint-Marsán, encargado de representar la casa de Saboya cerca de la república francesa, quiso hacer lo que Mr. de Gallo y fué despedido del mismo modo.

Mr. de Kalitscheff reclamó inmediatamente en favor de las cortes de Nápoles y de Turín, cuyos Estados había garantido su soberano, y al firmar un tratado con la Francia creía que no se limitaba á estipular el establecimiento de las buenas relaciones entre dos imperios que no tenían cosa alguna que disputarse en mar y tierra, sino que adquiría el derecho de arreglar los negocios de Alemania y de Italia en casi todos sus pormenores, y hasta los de Oriente, puesto que persistía en exigir de la Puerta la restitución del Egipto.

A pesar del deseo de contemplar al emperador Pablo, se contestó á su embajador con la debida firmeza. Consintióse en añadir al tratado patente, que restablecía pura y simplemente la paz y la amistad entre los dos Estados, un convenio secreto, en el cual se contraía el compromiso de concertarse con la Rusia para el arreglo de las indemnizaciones germánicas, de favorecer particularmente á las cortes de Baden, Wurtemberg y Baviera, que estaban unidas con ella por vínculos de alianza

ó parentesco, y de reservar una indemnización para la casa de Saboya, caso de no serle devueltos sus Estados, pero sin expresar dónde ni cuánto ni el cuánto de dicha indemnización, porque el primer cónsul proyectaba ya conservar el Piamonte para la Francia; esto era cuanto se quería conceder. Por lo tocante á Nápoles, el tratado de Florencia estaba declarado irrevocable, y por lo que hace á la restitución del Egipto se había resuelto no dar oídos á una sola palabra relativa á este asunto.

Mr. de Kalitscheff insistía en sus pretensiones con un tono y maneras asaz extrañas, y el resultado fué dejar de entenderse con él, reduciéndole á continuar en París limitado á un papel embarazoso, y al compromiso de ver burlada la protección que generosamente había ofrecido á las potencias secundarias. Tal era el estado de las cosas cuando llegó la noticia de la muerte trágica de Pablo. Mr. de Kalitscheff, sin esperar las órdenes de su nuevo soberano, queriendo salir de la falsa posición en que se encontraba, dirigió el 26 de abril una nota perentoria á Mr. de Talleyrand en que exigía una pronta respuesta sobre todos los puntos de la negociación, quejándose de que un negocio terminado ya en Berlín, según decía, entre el general Beurnonville y Mr. de Krudener, hallase oposición en París. Y aun parecía insinuar que si los Estados débiles no recibían mejor trato de la Francia, sería en menoscabo de la gloria del primer cónsul, y que su gobierno se vería confundido con los gobiernos revolucionarios que le precedieron (1).

Respondióle al punto Mr. de Talleyrand que su nota era inoportuna, que en ella se faltaba á las consideraciones que mutuamente se deben las potencias independientes; que no la veía el primer cónsul, cuya dignidad quedaba ofendida, y así, pues, que Mr. de Kalitscheff podía considerarla como no remitida, y que la respuesta solicitada en nombre de su gabinete sólo se daría cuando fuere nuevamente solicitada en otros términos y sin mediar otro despacho.

Esta severa lección produjo su efecto en Mr. de Kalitscheff, quien dió muestras de temer las consecuencias de su modo de obrar. Ya se mostraban también temerosos de su protectorado los mismos protegidos débiles y ruines que tras él se amparaban, y mucho les

(1) No sabemos por qué asegura Mr. Thiers que Mr. de Kalitscheff no había recibido orden ninguna de su soberano para pasar á Mr. de Talleyrand la nota que le pasó, cuando vemos en ésta, que tenemos á la vista, que el encargado ruso dice claramente al ministro francés que «las nuevas instrucciones que ha recibido le obligan á insistir sobre el pronto cumplimiento de los empeños contraídos por el primer cónsul con el difunto emperador.» Ó lo que es lo mismo, sobre la observancia de los cinco artículos que formaban la base de las negociaciones. Se propone el autor evidentemente representar al conde de Kalitscheff como en discordancia con el nuevo espíritu francés que supone dominar en el consejo privado de Alejandro, para que se crea después que la corte de Rusia recibió al edecán Duroc con agasajo. Como para nosotros la relación del recibimiento de éste está enteramente falseada, no podemos menos de sospechar que al pintar Mr. Thiers como puramente oficioso el lenguaje severo del ministro ruso con el gabinete francés, lo hace con el intento de que se crea que Alejandro tenía verdadera parcialidad por la Francia, y para poder forjar luego una escena de expansión cordial entre el joven emperador y el enviado francés, sin que sus extrañas expresiones formen contradicción con los actos positivos de su política.

(N. del T.)

pesaba haberle confiado sus intereses. Mr. de Kalitscheff, reducido á no recibir respuesta ó á reproducir sus reclamaciones en mejor forma, escribió otra nota en que reiteraba su demanda de explicación, pero enumerando cada objeto sin comentarios, sin quejas y sin cumplimientos (1). La nota era árida y fría, pero al menos decorosa; díjole entonces Mr. de Talleyrand que bajo aquella nueva forma se someterían sus cuestiones al primer cónsul y obtendrían una pronta contestación. Añadió el francés que sólo se archivaría la última nota en la cancillería y que la precedente sería inutilizada.

Algunos días después respondió Mr. de Talleyrand á Mr. de Kalitscheff en términos urbanos, pero asaz positivos. Renovó sobre todos los puntos el concepto del gabinete francés, y añadió la reflexión muy natural de que si la Francia había consentido en concertarse amistosamente con la Rusia sobre muchos negocios de los más importantes de Europa, y si se había mostrado dispuesta á hacer lo que ésta deseaba, era sólo por consideración á la íntima alianza contraída con Pablo I contra la política británica; pero que desde el advenimiento del zar Alejandro, antes de reiterar iguales cosas, era preciso saber si el nuevo emperador entraría en las mismas miras, y tener la certeza de encontrar en él un aliado tan resuelto como el emperador difunto.

Desde este momento Mr. de Kalitscheff permaneció en quietud completa esperando las instrucciones de su nuevo soberano.

Singular era el príncipe que acababa de ascender al trono de los zares, singular como la mayor parte de los príncipes que han reinado en Rusia desde hace un siglo. Tenía Alejandro la edad de veinticinco años, estatura aventajada, fisonomía noble y dulce aunque de poca regularidad, una inteligencia perpicaz, un corazón generoso, y los más cumplidos modales con una generosidad perfecta; no obstante, se echaban de ver en él algunos vestigios de las dolencias paternas. Su mente activa, impresionable y volaria, se aficionaba á las ideas más contradictorias; pero no todo era ímpetu ciego en este príncipe notable, pues había en su alma capaz y mudable misterios ocultos á los más sagaces observadores. Era honrado, y al mismo tiempo disimulado, capaz de artificio, y ya hubo ocasión de advertir algo de estas cualidades y defectos en los trágicos acontecimientos que precedieron á su subida al trono. Guardémonos, no obstante, de calumniar á aquel príncipe ilustre; es evidente que cayó en el más completo engaño sobre los proyectos del conde Pahlen; que creyó, con la inexperiencia propia de su edad, que la abdicación de su padre era el objeto único y sería el único resultado de la conjuración en que se le había iniciado, y por último, que prestándose á ella había creído salvar al imperio, á su madre, á sus hermanos y á sí mismo, de inauditas violencias. Desengañado ahora por el acontecimiento mismo, detestaba su error y aborrecía á los que se lo habían hecho cometer. Finalmente, aquel joven emperador, noble en su aspecto, delicado en sus maneras, ingenioso, entusiasta, móvil, artificioso y difícil de conducir, estaba dotado de un encanto personal sin límites y destinado á ejercer

(1) El lenguaje textual de esta segunda nota no es tan humilde como aquí se supone; es sí breve y conciso, porque «el que firma cree inútil entrar en observaciones sobre este negocio ya bastantemente discutido.» (N. del T.)

sobre sus contemporáneos la más poderosa seducción. Y aún diremos que ni había de librarse de ella el mismo hombre extraordinario tan difícil de fascinar que dominaba á la sazón la Francia, y con el cual había de tener algún día tan grandes y terribles desavenencias.

La educación que recibió aquel joven príncipe fué sobre manera singular. Educado por el coronel Laharpe que le había inspirado los sentimientos é ideas propias de un republicano suizo, había recibido Alejandro con su acostumbrada facilidad el influjo de su preceptor, y se resentía de él visiblemente cuando subió al trono. Mientras fué príncipe imperial, siempre sometido á un yugo bastante duro, unas veces al de Catalina y otras al de Pablo, había trabado amistad con algunos jóvenes de su edad, tales como Pablo Strogonoff, Mr. de Nowosilzoff y sobre todo con el príncipe Adán Czartorisky. Este último, oriundo de una de las más grandes familias de Polonia, y muy amante de su patria, vivía en San Petersburgo como en rehenes, servía en el regimiento de guardias, y alternaba en la corte con los grandes duques jóvenes. Alejandro, aficionado á él por una especie de analogía de sentimientos y de ideas, le comunicaba los sueños de su juventud; ambos deploraban en secreto las desgracias de la Polonia, cosa muy natural en verdad en un descendiente de los Czartorisky, pero asaz extraña en el nieto de Catalina, y Alejandro juraba á su amigo que cuando llegara á subir al trono restituiría á la desgraciada Polonia sus leyes y su libertad.

Había advertido Pablo aquella intimidación, concibió por ella recelo, y desterró al príncipe Czartorisky, nombrándole ministro de Rusia cerca de un rey sin Estados, cual era el rey de Cerdeña. Apenas fué Alejandro promovido á emperador, despachó un correo á su amigo, residente á la sazón en Roma, y le hizo volver á San Petersburgo. Trájose también á su lado á Pablo Strogonoff y á Nowosilzoff, con quienes formó una especie de gobierno secreto compuesto de jóvenes sin experiencia, animados de sentimientos generosos que no todos han conservado, llenos de ilusiones y poco idóneos, preciso es confesarlo, para dirigir un grande Estado en las difíciles coyunturas del siglo. Tenían suma impaciencia de verse desembarazados de los rusos rancios que hasta entonces habían gobernado, y con los cuales no simpatizaban por ningún concepto. Sólo un personaje más entrado en años y más grave, que era el príncipe de Kotschoubey, reunido á aquella sociedad de jóvenes, moderaba con su juicio y razón madura la vivacidad propia de su edad. Había visitado la Europa, adquiriendo conocimientos preciosos, y hablaba sin cesar á su soberano de las mejoras que creía útil introducir en el régimen interior del imperio. Todos de consuno reprobaban la política, que había consistido primeramente en mover guerra á la Francia por causa de la revolución, y después en declararse contra la Inglaterra sólo por una tesis del derecho de gentes. No querían ni una guerra de principios con la Francia, ni una guerra marítima con la Inglaterra; según ellos, el gran imperio del Norte debía mantener el equilibrio entre aquellas dos potencias que amenazaban devorar al mundo en su lucha, y llegar á ser de este modo el árbitro de la Europa y el amparo de los Estados débiles contra los Estados fuertes. Pero en general, más que la política exterior, les preocupaba la regeneración interior del imperio; trazaban darle nada

menos que nuevas instituciones, vaciadas en parte sobre las leyes y prácticas de los países civilizados, y reunían en suma toda la generosidad, toda la inexperiencia y todo el orgullo de la juventud.

Los ministros aparentes de Alejandro eran rusos rancios prevenidos contra la Francia, testarudos en favor de la Inglaterra, y además de todo punto desagradables á su soberano. Sólo el conde Pahlen, merced á la firmeza de su buen juicio, se conservaba extraño á las preocupaciones de sus colegas y quería que no se entregase el gobierno á influencia ninguna, permaneciendo neutral entre la Francia y la Inglaterra. Sus ideas bajo este aspecto halagaban al nuevo emperador y á sus amigos; pero el conde Pahlen cometía el yerro de tratar á Alejandro cual príncipe adolescente á quien él había colocado en el trono, á quien había dirigido y á quien quería seguir dirigiendo todavía. Hería esto á veces y no poco el orgullo puntilloso de su joven señor. El conde Pahlen además trataba con aspereza á la emperatriz viuda, la cual hacía alarde de un dolor que pudieramos llamar famoso y de un rencor insaciable contra los asesinos de su esposo. Hizo la emperatriz colocar en un establecimiento religioso, del cual era patrona, una imagen de la Virgen con el emperador Pablo á sus pies que imploraba la venganza del cielo contra sus asesinos, y el conde Pahlen mandó quitar de allí la imagen á pesar de los clamores de la emperatriz y del disgusto de su hijo. No podía ser duradero un ascendiente ejercido con tales violencias.

Los primeros días del reinado continuó el conde Pahlen presidiendo á las relaciones exteriores, y el conde Pahlen quedó como ministro influyente entendiendo en toda clase de negocios. Alejandro solía concertarse primero con sus amigos, y después trabajaba con sus ministros ostensibles. Bajo tan diversas influencias, á veces contrarias, se resolvió entrar en negociaciones con Inglaterra, y se principió por levantar el embargo al comercio británico, embargo que tenía Alejandro por medida injusta. Decidióse que era preciso hacer con lord Saint-Helens un reglamento marítimo que pusiese en salvo, si no los derechos de los neutrales, al menos los intereses de la navegación rusa. Contando luego entre el número de las ideas extravagantes de su padre la pretensión de ser el gran maestre de la orden de Jerusalén, declaró el emperador que se contentaba con ser meramente su protector mientras las diversas lenguas que componían la orden se reuniesen y procediesen al nombramiento de otro gran maestre; resolución que ponía término á muchas dificultades, ya con respecto á Inglaterra que tenía grande empeño en conservar á Malta, ya con respecto á Francia que no había querido empeñarse en una guerra á muerte para hacer restituir dicha isla á la orden, ya finalmente con respecto á Roma y España que no consintieron jamás en reconocer como gran maestre de San Juan de Jerusalén á un príncipe cismático.

Para poner término á otro motivo de quejas y diferencias con la Francia, se decidió que no volvería á exigirse la evacuación del Egipto, porque en realidad más convenía á la Rusia que dicha región continuase en poder de los franceses que en manos de los ingleses. En cuanto á Nápoles y al Piamonte existían, decíase, vínculos nacidos de tratos solemnes; y Alejandro al comienzo

de su reinado anhelaba mucho dar una alta idea de la lealtad de sus procederes. Decidióse, pues, que por lo tocante á la corte de Nápoles se reclamaría, no ya la revocación del tratado de Florencia, sino la garantía de sus Estados actuales, y la evacuación del golfo de Taranto después de establecida la paz; por lo que hace al Piamonte, se resolvió exigir para la casa de Saboya ó bien el Piamonte mismo, ó en su defecto una indemnización proporcionada. Finalmente, Alejandro pretendía arreglar de consuno con la Francia la indemnización prometida á los príncipes alemanes por sus pérdidas territoriales á la izquierda del Rhin. Ninguna de estas cosas ofrecía grandes dificultades, por cuanto el primer cónsul las había ya consentido. Fué separado de su encargo Mr. de Kalitscheff (1) y se nombró en su lugar á Mr. de Markoff que era hombre de talento, pero que en cuanto á las formas valía tan poco como su predecesor.

Duroc, enviado para felicitar al nuevo emperador, al llegar á San Petersburgo encontró todos estos puntos ya resueltos, y obtuvo una excelente acogida, así de los ministros como del monarca mismo (2). Su buena presencia, su natural despejo, cautivaron en Rusia lo mismo que en Prusia los ánimos de los personajes con quienes alternaba, y supo inspirar en ellos estimación y confianza (3). Después de las audiencias de ceremonia obtuvo varias entrevistas particulares reservadas en que Alejan-

(1) La mención incidental que hace aquí Mr. Thiers de la separación de Mr. de Kalitscheff, parece en cierto modo dar á entender que dicha separación fué motivada por el deseo de Alejandro de estrechar más sus relaciones de buena armonía con el gabinete francés. Sin embargo, todos los actos posteriores que señalan la marcha general de la política de aquel emperador, como la conducta del representante ruso Mr. de Markoff que substituyó á Kalitscheff, hacen ver claramente que si alguna tacha encontró en este último Alejandro para separarle de su empleo, debió ser precisamente lo contrario de lo que Mr. Thiers supone; es decir, que no le pareció bastante lleno del espíritu anti-francés que dominaba en San Petersburgo. Kalitscheff era en París la expresión fiel de la política de Pablo I, y por consiguiente más bien amigo que enemigo de la Francia; conviene tenerlo presente para corroboración de una nota nuestra anterior, en que manifestamos con cuán poco fundamento calificaba el autor de oficiosa la nota que este diplomático pasó á Talleyrand después de muerto Pablo I sobre el cumplimiento de los compromisos contraídos por el primer cónsul. (N. del T.)

(2) Si tan favorable se mostraba Alejandro á la Francia, y si tan buena acogida esperaba á Duroc en la corte de San Petersburgo, ¿por qué habiendo sido dos, Luis Bonaparte y Duroc, los comisionados del primer cónsul para explorar la intención del gabinete ruso so pretexto de felicitar al nuevo emperador, sólo á Duroc se le concedió pasaporte para llegar á su destino después de las repetidas instancias con que lo solicitó la Francia para ambos? Luis Bonaparte y Duroc estaban en Berlín hacía un mes, y el primero tuvo que volverse sin poder pasar de Potsdam. Conviene tener este hecho presente al leer la narración que sigue. (N. del T.)

(3) Sin duda ha tomado Mr. Thiers estos hechos de la narración oficial del recibimiento de Duroc que la buena crítica reconoce como falseada. La Inglaterra, que inundaba la Europa con sus folletos, había enviado de antemano á San Petersburgo un retrato satírico de Duroc, tan lleno de chiste y de sal cáustica como de falsedades y calumnias, y la aristocracia rusa recibió con sonrisas de desprecio al joven edecán que no tenía más blasones que sus servicios á las órdenes de Bonaparte. Sabiendo esto, ya se explica por qué vierte Duroc tanta hiel en los retratos que hace á su vez de los principales personajes rusos en el informe que desde allí envía al ciudadano ministro Talleyrand, informe que revela lo poco satisfecho que está el comisionado francés de los *agasajos* de la corte rusa y que *por olvido* ha omitido Mr. Thiers en su historia. (N. del T.)

dro le mostró hasta con afectada gentileza la complacencia que tenía en aparecer sin disfraz á los ojos del representante del primer cónsul. Un día especialmente, hallándose en uno de los jardines públicos de San Petersburgo, vió el príncipe á Duroc, y dirigiéndose á él (1) con una familiaridad noble y urbana, despidió á sus oficiales, y le condujo á un sitio desviado donde entabló con él una explicación llena en la apariencia de sinceridad y franqueza. «Yo, le dijo, soy amigo de la Francia y desde hace mucho tiempo; admiro á vuestro nuevo jefe, aprecio cuanto hace en favor de la tranquilidad de su país y de la consolidación del orden social en Europa. No será de mí de quien pueda él temer una nueva guerra entre los dos imperios; pero deseo que me auxilie y que cese de suministrar pretextos á los envidiosos de su poder. Ya lo veis, yo por mi parte he hecho concesiones: nada pido ya con respecto al Egipto; prefiero que sea de la Francia á que le adquiera la Inglaterra, y si por desgracia se apoderan de él los ingleses, yo me uniré con ustedes para arrancárselo. He renunciado á Malta para poner fin á una de las dificultades que entorpecían la paz europea. Me veo ligado con los reyes del Piamonte y de Nápoles con ciertos tratados; bien sé que han cometido sinrazones con la Francia: pero ¿qué querían ustedes que hiciesen hallándose estrechados y dominados por la Inglaterra? Grande sería mi sentimiento si el primer cónsul tratase de apoderarse del Piamonte, según parecen indicarlo los últimos actos de su administración. Nápoles se queja de que se le ha quitado una parte de su territorio; todo eso es indigno de la ambición del primer cónsul y perjudica á su gloria. No se le acusa como á los gobiernos que le han precedido de subvertir el orden social, pero sí de querer invadir todos los Estados. Esto menoscaba su renombre y á mí me expone á las quejas y á la incesante gritería de esos reyezuelos que me tienen sitiado. Que ponga él término á estos inconvenientes y viviremos en lo sucesivo en la más perfecta armonía.»

Y abandonándose luego más á la franqueza, añadió Alejandro: «No refiera usted nada de esto á mis ministros; sea usted reservado; no se valga usted sino de correos de toda confianza. Pero diga usted al general Bonaparte que me envíe siempre hombres á quienes pueda yo confiar, pues las relaciones más directas serán las mejores para establecer la buena inteligencia entre los dos gobiernos.» Aun añadió el emperador algunas palabras relativamente á la Inglaterra; aseguró que no quería entregarle la libertad de los mares, propiedad común de todas las naciones, y que si había levantado el embargo á sus buques era sólo por considerarlo de estricta justicia. Los tratados anteriores concedían para el caso de rompimiento un año á los negociantes ingleses para liquidar sus negocios; por lo tanto era una injusticia despojarles de sus propiedades: y yo no quiero cometerla, exclamó enérgicamente Alejandro; no tengo otro motivo. Pero no trato de entregarme á la Inglaterra; sólo del primer cónsul depende el que yo permanezca siendo su aliado y amigo. El joven emperador se mostró en

(1) Mr. Thiers altera en su *Historia* los hechos de la misma relación oficial, ya demasiado parcial en favor de Duroc; dice que Alejandro se dirigió hacia él cuando le halló en uno de los jardines públicos, como si le pareciera todavía poca distinción el hacerle llamar, según dicho relato oficial supone. (N. del T.)

esta entrevista sencillo, confiado y sobre todo deseoso de diferenciarse de sus ministros y de hacer ver que tenía sus miras y su política personales.

Duroc dejó á San Petersburgo colmado de miramientos y de agasajos que atestiguaban la gracia del emperador (1).

Según estas comunicaciones, era evidente que la Rusia no sería ya un auxilio poderoso contra la Inglaterra, pero también que en lo venidero sería mucho más fácil entenderse con ella para el arreglo de los negocios generales. El primer cónsul, seguro hoy de poder entenderse con aquella corte, no se apresuró á terminar la negociación, porque no parecía sino que el tiempo había tomado á su cargo el ir acabando progresivamente con las dificultades que aún subsistían entre ella y nosotros. La Inglaterra, en efecto, mostraba á la sazón muy poco interés por las casas de Nápoles y del Piamonte; y si, como parecía fundado creerlo, había dejado ya de mirar lo que á ellas concernía como una de las condiciones inevitables de la paz, debía ser aún mucho más fácil proceder con aquellas dos casas como se quisiera cuando la misma Inglaterra se las hubiera entregado al primer cónsul.

La negociación con la Inglaterra iba á ser, pues, el objeto esencial y casi único del día. Para llevarla á cabo era preciso, no sólo tratar hábilmente en Londres, sino también fomentar con actividad la guerra de Portugal y disputar el Egipto á las fuerzas británicas, porque el resultado de los acontecimientos en aquellas dos regiones debía ejercer una poderosa influencia sobre el tratado futuro. Queriendo el primer cónsul poner un nuevo peso en la balanza, hacía también ruidosos preparativos en Bolonia y en Calais para dar á entender que el recurso extremo de una expedición contra Inglaterra, en que había pensado largo tiempo el Directorio, entraba también en sus cálculos y cabía en sus arbitrios y recursos. Adelantábanse numerosos cuerpos hacia aquella parte de la Francia, y reuníanse en las costas de Normandía, Picardía y Flandes gran número de chalupas cañoneras sólidamente construídas, fuertemente armadas, capaces de conducir tropas á su bordo y de atravesar el paso de Calais.

Según estaba convenido, lord Hawkesbury y Mr. Otto anduvieron á mediados de abril de 1801 (germinal del año IX) en conferencias diplomáticas, y según costumbre, las primeras pretensiones fueron excesivas. Proponeía Inglaterra una base de arreglo hartamente sencilla, á saber: el *uti possidetis*, por el cual cada una de las potencias podría conservar lo que los acontecimientos de la guerra habían puesto en sus manos. En efecto, Inglaterra, aprovechándose de la prolongada lucha de Europa contra Francia, se había enriquecido al paso que

(1) Mal concuerda lo que arrojan de sí ciertos documentos que pueden tenerse por auténticos y verídicos con los hechos que refiere el autor y con las palabras que acaba de poner en boca del emperador, autorizado sólo por el aserto de un edecán que escribe con toda la ligereza militar sobre una escena ocurrida sin testigos. La verdad es que Duroc se puso en muy mala posición en San Petersburgo por causa de sus imprudentes comunicaciones con su gabinete, de que siempre tuvo conocimiento la policía rusa que le rodeaba; que nada absolutamente pudo adelantar en su encargo; que nada obtuvo, y que finalmente tuvo que solicitar sus pasaportes para alejarse de la corte sin asistir á la coronación de Alejandro. (N. del T.)

sus aliados se empobrecían, y se había apoderado de las colonias de todas las naciones. Había invadido todo el continente de las Indias y las posesiones comerciales más importantes en las cuatro partes del mundo. A los holandeses había tomado el Ceilán, isla rica y espaciosa que, situada á la extremidad de la península indiana, constituye su más precioso complemento. También les tomó las otras posesiones que en la mar de las Indias tenían, excepto la gran colonia de Java. Quitóles entre ambos Océanos el Cabo de Buena Esperanza, una de las escalas marítimas mejor situadas de todo el globo. No pudieron sus más constantes esfuerzos hacerla dueña de la isla de Francia que nosotros poseímos sin interrupción. En la América meridional arrebató también á los desgraciados holandeses, que fueron los verdaderamente malparados en aquella guerra, los territorios de la Guyana, que se extienden entre el Amazonas y el Orinoco, tales como los de Surinam, Berbice, Demerara y Essequibo, comarcas fértiles y que, aunque no ofrecían ni hoy todavía ofrecen un notable desarrollo agrícola y comercial, están destinadas á alcanzar algún día una prosperidad inmensa, pudiendo ser consideradas á la sazón como un paso seguro hacia las grandes colonias españolas del continente americano. Codiciaba Inglaterra estas colonias, intentaba instigarlas á recobrar su independencia para vengarse de lo que con ella había hecho la América del Norte, jactándose, y no sin razón, de que una vez declaradas independientes habían de ser en breve tributarias de su comercio. Por esto mismo ponía tanto empeño en conquistar en las Antillas contra los españoles la hermosa isla de la Trinidad, situada junto á la América del Sur, como una especie de estribo felizmente dispuesto, ya para el contrabando, ya para la agresión de las posesiones españolas. Otra adquisición de suma importancia había hecho en la Martinica arrebatada á los franceses en las mismas Antillas; los medios que para ello empleó fueron poco legítimos, porque los colonos de la Martinica, temerosos de un amotinamiento de esclavos, se habían entregado á ella por sí mismos como en depósito, y luego trocó el que fué depósito voluntario en verdadera propiedad. Inglaterra ambicionaba la Martinica por causa del anchuroso puerto que encierra aquella isla. Había tomado además en las Antillas á Santa Lucía y Tabago, islas de mediano valor comparadas con las precedentes, y hacia la región de la pesca á San Pedro y Miquelón. Finalmente, en Europa quitó á los españoles la más preciosa de las Baleares, y á los franceses Malta, la reina del Mediterráneo, que habían logrado por conquista contra los caballeros de San Juan de Jerusalén.

Después de estas invasiones bien puede decirse que era muy poco lo que quedaba por codiciar á las demás naciones marítimas, salvo las posesiones continentales de los españoles en las Américas. Verdad es que los ingleses amagaban con tomar su desquite en el Brasil si se persistía en marchar contra Portugal.

En cambio de tan vastas adquisiciones marítimas, Francia se había apoderado de la parte mejor del continente europeo, de fértiles regiones mucho más importantes sin disputa que todos aquellos territorios apartados; pero habíalas restituído todas, á excepción de la comprendida en las dilatadas líneas de los Alpes, del Rhin y de los Pirineos. Había además conquistado una

colonia en el Egipto que constituía por sí sola la indemnización de toda la opulencia colonial que se había atribuído Inglaterra; no había posesión que á ella equivaliese. Tratábase, por ejemplo, de desquiciar nuevamente el imperio británico en las Indias, y el Egipto era la vía más segura para conseguirlo. Queríase tan sólo, lo cual era más prudente, llamar hacia los puertos de Francia una parte del comercio de Oriente, y el Egipto era también la vía natural de este comercio; así, pues, era en paz como en guerra la colonia más preciosa del globo. Si en tales circunstancias el jefe del gobierno francés hubiera cuidado sólo de Francia prescindiendo de sus aliados, hubiera podido admitir las condiciones de Inglaterra, porque la misma Martinica, que era la única pérdida directa y digna de atención que hubiera sufrido Francia en dicha guerra, valía muy poco comparada con el Egipto, verdadero imperio situado entre los mares de Oriente y de Occidente para dominar y abreviar á un tiempo mismo el rumbo de aquellos mares. Pero el primer cónsul tomó á punto de honor el hacer restituir á los aliados de Francia la mayor parte de sus posesiones. No dependía de él el redimir á Holanda de todos los sacrificios á que la condenaba la defección de su marina, que, como es sabido, siguió al estatúder á Inglaterra; pero puso empeño en que se le devolviese el Cabo y la Guyana. Quería que España, que nada había adquirido en la guerra, no perdiese tampoco, y que se le restituyese Trinidad y las Baleares; finalmente, estaba decidido á no entregar á Malta á precio ninguno, por no comprometer de antemano la conquista del Egipto haciendo su posición precaria. Era, pues, su intención dejar á los ingleses el Indostán aun con las pequeñas factorías de Chandernagor y de Pondichery, que no ofrecían interés para nosotros; añadir á él el Ceilán, propiedad de los holandeses, pero exigiendo la restitución del Cabo, de las Guyanas, de Trinidad, de la Martinica, de las Baleares y de Malta, y conservar el Egipto, considerando esta conquista como equivalente para Francia á la adquisición del continente de las Indias que hacía Inglaterra. Ahora veremos cómo se condujo para conseguirlo durante una negociación de cinco meses enteros.

Encargóse al negociador francés que contestase con argumentos perentorios á la pretensión de adoptar el *uti possidetis* como base del tratado de paz futuro. «Usted quiere establecer como principio, dijo á lord Hawkesbury, que cada una de las dos naciones conserve sus conquistas: en tal caso Francia debería conservar en Alemania á Baden, Wurtemberg, Baviera y las tres ó cuartas partes del Austria; en Italia la misma península entera, es decir, los puertos de Génova, Liorna, Nápoles y Venecia; debería además conservar la Suiza, que se ha propuesto ya evacuar, así que haya logrado establecer en ella un orden de cosas razonable; y debería quedarse con la Holanda ocupada por sus ejércitos para organizar bajo su influencia las más poderosas escuadras. Podría tomar el Hannover, entregarle como compensación á ciertas potencias del continente, y hacerse las amigas por este medio. Podría, finalmente, conducir á término la campaña comenzada contra Portugal, indemnizar á España con los despojos de aquel Estado, y procurarse á sí misma nuevos puertos. También son escalas marítimas importantes las que se extienden des-